

ma el Papa Honorio, por breve dirigido al cardenal legado Gerardo Blanco.

Al fin, en 1294, fué puesto en libertad, y vino á Castilla al lado del rey don Sancho su sobrino, á cuyos ruegos y á cuya influencia debió el verse libre.

Tal era el personaje de que nos ocupamos, ambicioso, miserable, traidor, capaz de todo por saciar su ambicion insensata; su vida era una larga série de alevosías, y no habia renunciado ni por las desgracias ni por los años á aquel sueño tentador que le presentaba una corona.

A tal hombre habia dejado el rey don Sancho la tutela de su hijo y la guarda de sus reinos.

CAPITULO III.

DE CÓMO ZANCUDO SACÓ MALAMENTE DEL GRANDE APURO EN QUE SE ENCONTRABA Á DIEGO DE MORON EL ZURDO.

I.

Sentado estaba á la puerta de una barraca del campamento de la compañía franca de Zayda Fatima el buen Diego de Moron, alias el Zurdo, con la cabeza puesta entre las manos y apoyados los codos en las rodillas, en la actitud mas pensativa y aburrida del mundo.

Junto á él, sentado en el suelo, cogiéndose los puntos de una calceta parda, estaba Jusepillo, que cantaba á voz en grito una copla popular.

La adolescencia es siempre feliz, no tiene cuidados.

Era una de las primeras tardes del mes de abril y caia el sol que penetraba verticalmente en la barraca á cuya puerta estaba sentado sobre un banquillo de tres piés, el Zurdo.

Aquel rayo vespertino brillaba en la limpia superficie del yunque é iba á morir en el negro fondo de la fragua.

En un ángulo habia hierro en cantidad, y colgadas de clavos en la pared, multitud de enormes herraduras de corcel.

De otro lado colgaba un arnés completo.

Se veía una lanza en un astillero, y al pié de esto el jaez de un caballo de batalla.

Entre dos camas que habia en un ángulo y las armas, se veían en tablas colgadas de la pared, redomas y vasijas de vidrio, llenas de líquidos de diferentes colores y de materias grasientas, como unguentos.

Por allí aparecía el médico.

Por último, un astrolabio, colgado á la cabecera de una de las camas, dejaba entrever al astrólogo.

II.

A derecha é izquierda de esta barraca corrían otras muchas capaces cada una para ocho hombres de armas.

Detrás de esta línea habia otras dos completamente semejantes.

Mas altas, las barracas que servían de caballerizas.

Luego, con un buen espacio intermedio, la estacada y el foso.

Esto era la mitad del campo.

Al frente, y en el mismo orden, se levantaba la otra mitad.

En medio se veía la grande y magnífica tienda de Zayda Fatima.

Detrás de ella, rica y extremadamente severa, la del conde don Lope.

Mas allá y mas pequeñas, las de Zancudo y demás cabos de la compañía, y en medio de ellas una barraca grande y fuerte que servía de cárcel.

III.

Habia una gran animacion en el campo.

Los soldados estaban acá y allá en grupos, charlando y riendo; unos iban, otros venían; aquel, mas cuidadoso y mas aficio-

nado á parecer bien que los otros, acicalaba sus armas ó componía sus galas.

No faltaba quienes se entretuviesen con los naipes ó con los dados, que al soldado en campaña hay que dejarle cierta licencia para que el humor no se le agrie demasiado.

En fin, aquello era un campamento de gente brava y alegre, bien pagada y bien mantenida, y para que el ruido fuese mas, el maestro de trompas, trompetas y atabales, hacia estudiar á sus subordinados, sin tener compasion ni de sus pulmones ni de sus muñecas, y no decimos de los que oían aquel monótono redoblar y trompetear que no tenia cabo, porque los del campo estaban acostumbrados á aquello: así lo estuviera el autor de este libro, y sea dicho esto entre paréntesis, que vecino de un cuartel sufre todos los dias por la mañana y por la tarde dos horas el celo del tambor mayor y maestro de cornetas de un regimiento de cazadores: perdónesenos esta salida, porque á veces lo pálido de algunas páginas reconoce por causa el erre que erre de tambores y cornetas: volvámonos al siglo XIII.

El campo de Zayda Fatima no podia presentar un mejor aspecto militar, ni podia estar mas bravamente situado, porque desde la puerta principal mas fuerte de la villa, un ballestero de buen brazo podia meter en el campo una jara.

IV.

Continuaba en su meditacion el Zurdo, cuando de improviso sintió que le ponían pesadamente la mano en un hombro.

Estremecióse poderosamente, porque era en exceso nervioso, y volvió con una acre impaciencia hácia el sitio en que debia estar el que en el hombro le habia tocado, y encontróse con el bachiller Melchor Zancudo, que llevaba un sayo colorado, unas calzas verdes, un birrete azul rabioso, con pluma de águila, y unos borceguíes amarillos de ante, que daba envidia verle; parecia un loro.

—¿En qué consiste, señor Diego de Moron, dijo, que hoy,

como de costumbre, no he tenido el gusto de que me sigais como mi sombra? os aseguro que tan acostumbrado estoy á que no os despegueis de mí, que me he sentido inquieto y he venido á pegarme á vos.

—Muchacho, dijo Diego de Moron á su aprendiz, saca un banquillo para el señor alférez, y vete por ahí á despavorizarte, que todo el día has estado pegado á la casa y sin hacer nada.

—Me he cosido la ropa, maestro, contestó Jusepillo.

—Hacer algo es darle al fuelle, lo demás es nada; vamos vivo, el banquillo y largo.

—Muy de mal humor estais, hermano Zurdo, dijo Zancudo, no parece sino que sabeis lo que sucede.

—¿Pues y qué sucede? contestó Moron.

Sentóse en un banquillo de tres piés que le habia sacado Jusepillo, Zancudo, fuese el muchacho, y el alférez dijo bajando la voz.

—Que ya se conoce que está aquí el pícaro del infante don Enrique; por supuesto que la reina tiene la culpa, porque si mandara que le diesen entre las orejas, como á los conejos, nos ahorraríamos muchas cosas.

—Pero ¿qué hay, señor, qué hay? dijo el Zurdo.

—¿Qué ha de haber? que cuando estamos en vísperas de tomar la villa, porque ya no se puede tener mas, el infante don Enrique, que tiene el cuerpo aquí, pero el alma con los aragoneses, y con el infante don Juan, y con el infante don Alfonso, y con todos los enemigos de su señoría, porque quiere tenerla en un puño, y hacer de ella lo que quiera, no contento con haber hablado á los de Medina del Campo y á los de Valladolid de los malos tratos de vender la villa de Tarifa, engañándolos con aquello de que si la villa se vende no tendrán que pagar en mucho tiempo pechos para mantener la guerra, ha soliviantado á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, diciéndoles que aquí no se está bien, y que la reina no tiene dinero, y que es necesario juntar los concejos del reino para pedirles un servicio de maravedises, y como lo ha dicho á flojos y malos servidores de su señoría, habeis de saber que se levanta el campo, y que nos va-

mos á Palencia y de allí á Valladolid, para estarnos quedos hasta que Dios mande otra cosa: y todo, ¿por qué? porque dentro de esos malditos muros están doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y su hijo don Lope, y la madre de doña María, doña Juana de Molina, y si la reina los tomara presos, el infante don Juan tendria que venirse á un buen avenimiento, y sin la ayuda del infante don Juan, el infante don Alfonso de la Cerda renunciaria á sus esperanzas á la corona de Castilla, y la reina y el rey podrian hacerse temer de los otros sus enemigos, y criar fuerza, y esto es lo que no quieren ni el infante don Enrique, ni los Haros, ni ninguno de los señores que medran y engordan con las necesidades de la reina, porque todos quieren tener á la reina esclava, sujeta á su voluntad, sin fuerzas, para hacer de ella lo que quieran, porque si un día la reina mandara, acabarian de mandar ellos, y de revolverlo todo, para sacar de las revueltas su granjería.

—¿Y por qué la reina, dijo de mal humor el Zurdo, no mete en costura á todos esos grandes pícaros?

—Porque no puede, porque necesita á los unos, para tener á raya á los otros, y así va todo; de traicion en traicion, y de mal en peor. Pero vengamos ahora á lo decaído, pensativo y mohino que os veo: ¿habreis dado en la peligrosa idea de evadirros de la compañía, porque no os encontréis bien ella? Cuidado, cuidado, no sea que nos pongamos en peligro por falta de amor á la milicia.

—Señor Zancudo, dijo el Zurdo, yo estoy contentísimo en la compañía; se trabaja bien, eso sí, pero se cobra mejor, y para trabajar hemos nacido: pero acontece que estoy como el que se viera en el filo de una espada, teniendo á la derecha una sima y á la izquierda otra, y estando seguro que por cualquier parte que caiga, ha de perecer desastradamente.

—¿Ah! exclamó Zancudo, pues grande debe ser la cosa que os pone en tal aprieto, porque vos, maese, no os ahogais en dos dedos de agua.

—Pero hay tragos, y de un trago se trata, capaces de atragantar al mas alentado.

—¿Que se trata de tragos? dijo Zancudo.

—Sí señor, y de un mal trago: yo no sé quién ha esparcido por ahí, que yo soy ensalmador, saludador y envenenador.

—Algun alma de cántaro, dijo Zancudo, que á decir verdad, tenia la culpa de aquella fama, con que se habia encontrado sin buscarla, el pobre Diego de Moron.

—Algun mal cristiano renegado, judío, contestó el Zurdo, y cualquier cosa daría yo por saber quién era, para mostrármele agradecido.

—Sin duda alguno que os cree muy sabio.

—Pues quisiera mas bien que el tal me hubiera tenido por idiota, y no me vería yo en la congoja que me veo.

—¿Pero acabareis de decir lo que os sucede?

—En eso estaba yo pensando cuando vinisteis, en que era necesario que yo me declarase á vos, y os pidiese consejo.

—Pues allá irá el consejo en cuanto haya sobre qué.

—¿Con quién creéis que me encontré esta mañana al salir el sol, cuando acababa de herrar el blanco corcel del capitán? pues me encontré no menos que con un paje de córte, rubio y colorado, y vestido como un señor.

—¿Sois vos, me dijo, ese que en esta compañía tiene no sé cuántos oficios?

—Sí señor.

—¿Uno de ellos no es el de saludador?

Miré con cólera al paje, y estuve por darle un gaznaton, pero temí no fuera que tuviese buenos padrinos, que estos tales pícaros suelen tenerlos, y aun madrinas, y que me aconteciese mal si le castigase, y tuve paciencia.

—Yo no soy saludador, le dije, pero creo que eso dicen de mí, en lo cual mienten.

—En fin, repuso el paje, ¿vos sois herrador, albéitar y médico todo á un tiempo?

—Sí soy, ¿y qué?

—Que vos sois á quien busco de parte de una dama muy poderosa, que necesita hablaros.

—¿Y quién es esa dama?

—Acercaos, para que yo os lo diga al oído, contestó el paje. Acerqueme, y me dijo con voz muy baja:

—Esa dama es la infanta doña Juana Nuñez de Lara.

—Pues ya conozco yo á ese paje, contestó Zancudo; es un bribonzuelo como de veinte á veintiun años, rubio, muy colorado, que tiene pelusa en la cara como los melocotones, y que es muy desvergonzado y muy insolente.

—Si no es el mismo, le vienen bien las señas.

—Válgate Dios por paje, y cuán de confianza es de la señora doña Juana: ¿y vos qué hicisteis, hermano?

—Os digo en verdad, contestó el Zurdo, que cuando yo vi que se trataba de doña Juana Nuñez de Lara, me dió un no sé qué, y una comezon tal de irme tras el paje para saber lo que doña Juana me quería, que me fuí.

—¿Y que os sucedió?

—Llevóme el paje al campo real, me metió por entre las calles de tiendas, y la verdad, como el paje se iba hácia la tienda de su señoría la reina, y dicen que la reina padece mucho del tumor que la ha salido, y como doña Juana me conoce, porque vos la hablasteis de mí, yo me dije: para curar á la reina me llaman, desesperados de don Abraham y don Kag, que en esto de medicina, y comparados conmigo, son unos pobres diablos; de esta me hago hombre, porque vive Dios que á la reina curo, y como su señoría es tan buena y tan generosa, no ha de andar escasa en recompensarme.

—¿Bah! vos estais loco, compadre; ¿no veis que á lo de médico unís lo de albéitar?

—Albéitar ó no albéitar, lo que yo sé es que en lo de curar valgo mas que los físicos; y si no, acordaos del cruel carbunco que os salió en la espalda, si os lo curé pronto.

—Pero me tratasteis como á asno, y me hicisteis ver estrellas.

—No, si no andaos con contemplaciones con un carbunco canceroso; ¿qué otro remedio habia mas que labrarlo á fuego?

—No me lo recordeis, Zurdo, porque se me ponen los nervios que se me saltan.